



Artikel

Pequeños combatientes, de Raquel Robles.
Proyecciones ficcionales: de la infancia clandestina a la militancia de
H.I.J.O.S.

Teresa Basile (Universidad Nacional de La Plata)

HeLix 10 (2017), S. 154-168.

Abstract

Raquel Robles' novel *Pequeños combatientes* (2013) allows us to explore some of the main challenges faced by the HIJOS organization since its foundation in the mid-90s, a context marked by neoliberalism and Pardon laws passed by the Carlos Menem government. The novel stands as a screen on which the author projects a *militant fiction* through a girl's voice that connects with her later engagement and practice with HIJOS. This challenge articulates the *revolutionary* ideals of parents with the *humanitarian narrative* of Human Rights associations. A return to the past permits to convert the parents' loss into a beginning militancy, the concept of *resilience* thus helps us to approach the reconversion process of a traumatic scene into a responsible action.

All rights reserved. Dieser Artikel ist urheberrechtlich geschützt. Alle Rechte vorbehalten. Die Weiterverwendung des hier bereitgestellten Artikels ist ohne die ausdrückliche Genehmigung von HeLix (und/oder des Verfassers) nicht gestattet.

Pequeños combatientes, de Raquel Robles.

Proyecciones ficcionales: de la infancia clandestina a la militancia de H.I.J.O.S.¹

Teresa Basile (Universidad Nacional de La Plata)

Este estudio propone explorar, en la novela *Pequeños combatientes* (2013) de Raquel Robles, algunos de los principales dilemas que enfrentó la organización de Derechos Humanos H.I.J.O.S. (Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio) cuyas diversas filiales fueron fundadas a mediados de la década de 1990, en un contexto atravesado por las políticas neoliberales y los decretos de Indulto (1989-1990) sancionados por el gobierno de Carlos Menem. La creación de esta nueva militancia por parte de quienes se identificaban como hijos de padres desaparecidos, asesinados, exiliados o presos políticos significó edificar un espacio de “lucha” frente a un Estado que arrinconó la participación política. H.I.J.O.S. asumió el desafío de reactivar la militancia en un clima poco propicio y rediseñar los modos en que los diversos organismos de Derechos Humanos venían desarrollando sus prácticas y políticas desde hacía dos décadas, configurando un nuevo lugar de enunciación desde el cual esgrimir un relato y estrategias políticas propias. Instauró un nuevo sujeto social y una original militancia de carácter juvenil que permitió la transformación del lugar del hijo-víctima al del hijo-militante.

En este marco se invita a leer la novela *Pequeños combatientes* de Raquel Robles como una pantalla –mediada por la autoficción–² en donde su autora proyecta a través de

¹ Se utilizarán diversos términos para nombrar a la “segunda generación”: “H.I.J.O.S.” (Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio) con puntitos apunta a la organización de Derechos Humanos de un modo general, es decir, sin establecer diferencias entre las diversas ramas; “HIJOS” alude a la generación como una instancia que va más allá de sus vías de institucionalización pero que exhibe lazos de pertenencia a partir de diversas experiencias compartidas –aunque carezcan de padres desaparecidos–, y finalmente “hijos” refiere al lazo familiar.

² Desde varias perspectivas se señala, como marca de las últimas décadas, el “giro subjetivo”, el “espacio biográfico”, la “autoficción” (como indican los títulos de los libros respectivos de SARLO, *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo*, ARFUCH, *Memoria y autobiografía* y ALBERCA, *El pacto ambiguo. De la novela autobiográfica a la autoficción*), en tanto géneros y formas del discurso empleados por escritores HIJOS para testimoniar, tramitar o elaborar sus memorias traumáticas. La enunciación desde la primera persona se vuelve fundamental ya que muchos de los hijos fueron testigos más o menos directos y víctimas del terror estatal, en tanto presenciaron el allanamiento de sus casas, la persecución de sus padres,

la voz de la niña protagonista una *ficción* militante que se vincula oblicuamente a su compromiso y actuación, ya siendo adulta, en la agrupación de H.I.J.O.S.³ El texto construye un puente entre el pasado de la militancia de los padres, que la niña reasume una vez que la policía allana la casa y secuestra a los padres, y el presente de Raquel Robles atravesado por la experiencia de su participación en H.I.J.O.S.,⁴ lo que supone un doble movimiento de recuperación de la militancia de los setenta pero también cierta toma de distancia crítica y reformulación –desde otros parámetros ideológicos y coyunturas históricas– de la práctica política. Un trabajo de reapropiación indispensable en el proceso de institucionalización de H.I.J.O.S. que implicó el reto de articular los ideales *revolucionarios* de los padres (la idea de revolución, lucha armada, utopía, asalto al poder y descrédito de la vía democrática) con la *narrativa humanitaria* propia de los organismos de Derechos Humanos, basada en el concepto de violación de los Derechos Humanos, configuradora de un reclamo de tipo ético y jurídico esgrimido por fuera de la política y de los partidos, por fuera de las fuerzas enfrentadas en los setenta, evitando la retórica revolucionaria y recuperando la categoría de “víctima”, todo lo cual constituyó una apelación a valores universales y una despolitización de los argumentos.⁵ Una tensión entre dos perspectivas irreconciliables en más de un punto que, como luego veremos, está presente en esta novela.

Estas representaciones de la infancia sirven también para explorar el posicionamiento del escritor en el presente. En la literatura de HIJOS es usual encontrar

la vida en clandestinidad, la desaparición de padres y familiares, el exilio, su propio nacimiento en cautiverio, el secuestro y la adopción en muchos casos por los perpetradores, entre otros padecimientos. La articulación de una doble autoridad (testimonial y ficcional) que el género de la autoficción supone, permite a un mismo tiempo afirmar el carácter de verdad y realidad que el testimonio implica (aun con sus lagunas y deficiencias tal como señalaron AGAMBEN, *Lo que queda de Auschwitz* y LEVI, *Los hundidos y los salvados*) e introducir la ficción como un espacio donde explorar las múltiples significaciones de la experiencia traumática, tramitar sus heridas y trabajar (JELIN, *Los trabajos de la memoria*) la memoria. Por otra parte, es esa cercanía y experimentación del terror estatal durante la propia infancia, aquello que distancia y diferencia a la generación argentina de HIJOS de la “segunda generación” de la posmemoria en torno a la *Shoáh*, teorizada por HIRSCH (*The generation of Postmemory*). Sobre este debate es posible consultar: LOGIE/ WILLEM, “Narrativas de la posmemoria en Argentina y Chile”, CIANCIO “Sobre el concepto de posmemoria”, RUBIN SULEIMAN “The 1.5 Generation”, entre otros.

³ Raquel Robles es hija de desaparecidos y miembro fundador de la organización H.I.J.O.S. Capital. Hija de Flora Celia Pasatir y Gastón Robles (Secretario de Agricultura durante el gobierno de Héctor Cámpora) desaparecidos el 5 de abril de 1976, en un operativo llevado a cabo en su casa mientras la niña, entonces de 5 años, se encontraba durmiendo.

⁴ Al proponer indagar en esta novela una “proyección *ficcional*” de la posterior militancia de Raquel Robles en H.I.J.O.S. procuro distanciarme de cualquier instancia que considere el vínculo entre la novela y la vida como un mero reflejo de una en la otra.

⁵ Cfr. CUETO RÚA, *Nacimos en su lucha*, 24-35.

esta “doble dirección temporal” que se dirige hacia el pasado para narrar las diversas experiencias de la infancia bajo el terror estatal, pero además esa inmersión en la infancia se vuelve un foco que vectoriza ya no solo el pasado sino el presente y el futuro, en los que recortan su postura *política* –dentro o fuera, simpatizantes o críticos de H.I.J.O.S. o de las políticas de los organismos de Derechos Humanos, por ejemplo–; su vínculo *afectivo* –traumático, melancólico o crítico– con ese pasado (lo que está íntimamente relacionado con la posición de los hijos respecto a los padres, desde su rescate de su legado como militantes o idealistas hasta el reclamo por haberlos abandonado en pos de la lucha política); y su apuesta *literaria* al interior de la literatura de HIJOS.

En *Pequeños combatientes*⁶ se cruza la doble condición de una *infancia huérfana* con la *infancia clandestina*. La niña narradora y su hermano menor han perdido a sus padres ni bien se inicia la novela ya que estos han sido detenidos-desaparecidos, y deciden subsistir en medio de esta “guerra” empleando las enseñanzas de sus padres,⁷ pasando ellos mismos a la clandestinidad y convirtiéndose en “pequeños combatientes”: se trata de una infancia militante y no solamente clandestina.

¿En qué consiste la experiencia de una infancia huérfana de padres desaparecidos? Los mismos “hijos” suelen autonombrarse, en diversas ocasiones, como “huérfanos”, “huerfanitos” o “post huerfanitos”. Se trata, sin embargo, de una *orfandad suspendida*, ya que en principio no cuentan con la muerte de los padres, sino con su “desaparición” y, como sabemos, esta particular condición se caracteriza por la indefinición, el desborde de los conceptos identitarios acuñados y la impertinencia (no pertenencia) categorial. Gabriel Gatti argumenta extensamente sobre la dificultad para asir la identidad del desaparecido en tanto se encuentra tensada entre la ausencia y la presencia, no se halla ni

⁶ A partir de ahora la novela se designará con la sigla PC.

⁷ El empleo del concepto de “guerra” para dar cuenta de este contexto de persecución ha sido bastante discutido y controversial, ya que daba lugar a la teoría de los dos demonios, que equiparaba los actos de violencia de las organizaciones guerrilleras con el empleo del terrorismo por parte del Estado dictatorial en el contexto de una “guerra”, y por ello fue rechazado, en especial, durante los primeros años de democracia. Los organismos de Derechos Humanos prefirieron focalizar en la implementación del Terrorismo de Estado y durante el Juicio a las Juntas (1985) fueron los propios militares quienes esgrimieron el concepto de “guerra” para justificar su propio accionar terrorista como una respuesta a la violencia de la izquierda armada. En cambio, H.I.J.O.S. recupera a mediados de los noventa el uso del término “guerra” para hablar de la lucha de sus padres, en el horizonte de la recuperación mayor de la militancia (Cfr. CUETO RÚA, *Nacimos en su lucha*, 142-171). Raquel Robles utiliza este vocablo “guerra” a lo largo de toda la novela pero es curioso el modo en que lo desmiente al señalar en más de una oportunidad que no hubo enfrentamiento por parte de los padres cuando se los llevaron (PC, 11) y que ellos no empuñaron las armas (PC, 106).

vivo ni muerto, parecería situarse en una suerte de limbo, en un eterno “estar siendo desaparecido” que no termina de cerrarse; en tanto se trata de un sujeto sin lugar y descolocado en el tiempo, desgajado de la comunidad y de la familia, un cuerpo separado del nombre o un nombre sin cuerpo y sin historia, un sujeto sin derechos ni ciudadanía, un “chupado”, “borrado”, un “vivo-muerto”, un espectro, un fantasma.⁸ Para los niños supone una existencia en continua tensión entre la ausencia de los padres y la espera incierta del regreso, un ir y venir entre la amenaza del orfanato y la vuelta a casa. Son los dos destinos que la niña lee en la protagonista huérfana de la novela *Verónica* (de Suzanne Pairault, en la colección Iridium de Kapelusz, 1968) y en la recuperación de la madre que Marco logra viajando desde Italia hacia Argentina en *Marco, de los Apeninos a los Andes* (PC, 39-40).

La *orfandad suspendida* despierta el fantasma del orfanato en *Pequeños combatientes* ya que no hay regreso posible a la casa donde han sido secuestrados sus padres, esta está marcada y vigilada por los servicios. La “pérdida de la casa” es uno de los tópicos que reaparece insistentemente en la narrativa de hijos:⁹ se trata de la pérdida del hogar de la infancia en tanto amparo, protección de la vida infantil, convivencia en el interior familiar y resguardo frente al afuera, tal como la anhela la pequeña protagonista en *La casa de los conejos* (2008) de Laura Alcoba: una “casa con tejas rojas” como esas que se ven “en los libros para niños” que implique una vida con padres que “vuelven del trabajo a cenar” y que preparan “tortas los domingos”, y con una madre elegante “con uñas largas y esmaltadas y zapatos de taco alto” (13-14). En cambio la casa se convierte en un espacio acechado por la violencia del terror estatal donde los padres son detenidos y las habitaciones allanadas, o en un lugar clandestino que oculta la militancia de los padres, siempre al borde de ser descubierto, lleno de secretos, embutes y peligros; o se trata de la casa abandonada por el repentino exilio o por los continuos traslados de los militantes. La violencia política expulsa la vida familiar del hogar. Se ha perdido la casa de la infancia y algunos personajes –como el protagonista de *Los topos* (2008) de Félix Bruzzone– deambularán a la deriva el resto de sus vidas sin lograr habitar ningún espacio, mientras otros –como la niña en *Pequeños combatientes*– se sentirán acechados por la

⁸ Cfr. GATTI, *Identidades desaparecidas*, 61-65.

⁹ Tomo estas perspectivas sobre el tópico de la “casa” en la narrativa de HIJOS del artículo de Ilse Logie y Bieke Willem (Cfr. LOGIE/ WILLEM, “Narrativas de la postmemoria en Argentina y Chile: la casa revisitada”).

sensación de “casa ajena” (PC, 83, 95), por el temor de que la dejen en otras casas o la trasladen constantemente de una a la otra, de allí su pedido: “basta de mudanzas” (PC, 146).¹⁰

El temor al orfanato se proyecta en la figura de la “asistente social” que puede llegar repentinamente a la casa de los tíos para llevarlos: “[...] la ‘asistente social’ era la sombra que permanentemente estaba encima de nosotros [...] podía venir en cualquier momento y si no estaba conforme con lo que viera podía mandarnos al orfanato. El orfanato era la cárcel de los niños, eso lo sabía bien” (PC, 18-19).

Para sobreponerse a estas pérdidas –los padres, la casa, la vida familiar, etc.– la niña decide pasar a la clandestinidad siguiendo el modelo de los padres. La infancia clandestina introduce otras condiciones, remite a la compleja experiencia de aquellos niños que viven bajo el terror estatal pero que además conviven con la militancia de sus padres. Esta situación da lugar a un mundo escindido que está en el embrión de la idea de clandestinidad: mientras se milita a escondidas y en secreto (“clandestino” viene del latín *clandestinus*, de *clam* secreto –que a su vez viene de *celare* que es esconder–) se vive en una cotidianidad en apariencia normal aunque plagada de simulaciones y falsas identidades. Es posible explorar los avatares de la vida infantil en la clandestinidad en una serie de textos literarios y películas tales como: la novela *Kamchatka* (2003) de Marcelo Figueras junto con la película *Kamchatka* (2002), dirigida por Marcelo Piñeyro; *La casa de los conejos* (2008) de Laura Alcoba; *Una muchacha muy bella* (2013) de Julián López; *Pequeños combatientes* (2013) de Raquel Robles; y la película *Infancia clandestina* (2012) dirigida por Benjamín Ávila. En todas estas producciones encontramos el protagonismo de un niño, su mirada y su voz, la ficcionalización de un narrador niño o niña quien cuenta desde su punto de vista.

Dos espacios se enfrentan y friccionan entre sí en esta clandestinidad. Por un lado, el de la militancia, donde rige el rigor de la lucha de la guerrilla urbana con las tácticas, modalidades, cuidados y los valores de entrega a la causa, de austeridad, de sacrificio; donde los guerrilleros se enfrentan en inferioridad de condiciones a un enemigo más poderoso y mejor armado; donde lejos de cualquier épica ahora advierten la ineluctable derrota que se abatirá sobre ellos a medida que sus compañeros vayan cayendo; donde

¹⁰ En el viaje a Tucumán teme que la dejen en la casa de estos parientes: “A lo mejor nos dejan a todos allá. [...] Por ahí decidieron que ahora es el turno de los otros tíos” (PC, 111).

cada vez más las persecuciones sustituyen a los enfrentamientos. Es el territorio de los adultos y de la guerra en el que los padres devienen militantes sin dejar de ser padres. Es el lugar de la verdad y del adentro, que debe permanecer en secreto e invisible a los demás. Su descubrimiento acarrea la catástrofe de la desaparición y de la muerte. Aquí se distorsiona la intimidad de la vida familiar del niño que corre peligro de verse fagocitada por las urgencias de la lucha. Por otro lado, el espacio de la vida cotidiana, del mundo externo donde se desarrollan los juegos, la educación escolar, los vínculos afectivos con amigos y parientes, los cumpleaños, los primeros escauceos amorosos; donde se desenvuelve la gran escena de aprendizaje de estos niños que se encuentran descubriendo el mundo que los rodea o dejando la infancia para entrar en la pre adolescencia –lo que supone un nuevo tipo de *Bildungsroman*, una reescritura de la novela de aprendizaje–. El espacio de lo cotidiano se despliega en el afuera, en la vida pública, en la sociedad pero a través de la simulación, de la mentira, del disfraz, del simulacro, del camuflaje con falsos nombres y documentos, falsos trabajos, falsos cumpleaños. Aquí se distorsiona la vida social del niño en sus múltiples dimensiones, desde la asistencia a la escuela hasta sus vínculos con amigos y familiares. Las fricciones en el interior de ambos espacios se vuelven principios constructivos importantes en los textos y en las películas –y suelen organizar las tramas–, en especial los desacomodos en el interior de la casa familiar cuando esta se ve invadida por la militancia clandestina. El arco de posibilidades va desde aquellas propuestas que muestran la incompatibilidad y los desacuerdos hasta las que procuran vislumbrar una posible armonía; desde las que enfrentan el rol de padres al de militantes (“grandes militantes” y “terribles padres” o al revés, para decirlo en términos de Reati) hasta las soluciones integradoras de “buenos padres” y “buenos militantes”.¹¹ Sin duda, la pulsión entre la militancia y la familia es el marco en cuyo interior se juega parte importante de la vida del niño.¹²

En *Pequeños combatientes* la militancia clandestina se articula desde un lugar novedoso ya que no están los padres militantes y es la niña quien decide, ante la desaparición de los padres, pasar a la clandestinidad y asumir la militancia. Se privilegia la ausencia de los padres como vía para la abrupta asunción de la praxis política por parte

¹¹ REATI, *Entre el amor*, s/p.

¹² En mi artículo “La *Infancia clandestina* en los relatos de HIJOS” (en prensa) analizo los avatares de la vida infantil en la clandestinidad en esa serie de textos literarios y películas.

de los hijos. Es la muerte de los padres la novedad que introduce esta novela en la serie del corpus, es la clave de esta infancia, es la que los conduce a la militancia clandestina, es el acontecimiento real y simbólico que –en el futuro fuera de la novela– funda la agrupación de H.I.J.O.S. (será la “desaparición” de los padres la condición para pertenecer a la agrupación).¹³ La niña, entonces, deberá conducir ella misma este doble universo, esta doble vida escindida, asumiendo el rol del adulto sin lograr abandonar el del niño. La pequeña protagonista elige la militancia como consecuencia de la orfandad pero también como un modo de ir más allá del lugar de la víctima, como reacción pero también como propuesta creativa.

El ingreso a la clandestinidad por parte de la pequeña combatiente le permite organizar el universo que la rodea, defenderse, salvarse y procurar salvar a los padres e incluso llevar a cabo algunas “Operaciones”. Sus juegos serán ensayos de sus “combates” como el armado del “Ejército Infantil de Resistencia” (PC, 15) o un momento de descanso para esas existencias siempre alertas (“Era un recreo en ese mundo en el que siempre había que andar explicando algo” (PC, 69)). Deberá lidiar con la grieta de este doble universo, esta doble vida escindida, asumiendo el rol del adulto desde la estatura de un niño.

La clandestinidad le sirve a la niña, en primera instancia, para defenderse del terror circundante, para poder sobrevivir en esta “guerra”, para detectar al “Enemigo” y distinguirlo de los “compañeros”, y es por ello que desde esa atalaya mira, crispada por la paranoia (ciertamente justificada), el contexto en el que puede pasar “Lo Peor”. El relato sobre el kiosquero (así como también el de la “asistente social”) pone en escena las dificultades para distinguir amigos de enemigos ya que mientras todos los parientes que iban a visitar a sus presos creían que el kiosquero, que les vendía provisiones a la entrada de la cárcel y que se mostraba amistoso con los guardiacárceles, era parte de los servicios de la prisión, resultó en cambio quien ayudó a los presos a escapar a través de un túnel que desembocaba en su kiosco (PC, 34). En esta ardua tarea de distinguir al enemigo los niños se encuentran solos. Los tíos no logran responder a sus preguntas, ni establecer un

¹³ Si en *La casa de los conejos* de Laura Alcoba nos encontramos con los “grandes militantes” pero “terribles padres”, si en *Una muchacha muy bella* de Julián López advertimos la posibilidad de una buena madre y mala militante, y si en el film *Infancia clandestina* de Benjamín Ávila vislumbramos la posibilidad de la conjunción entre los buenos padres y buenos militantes, *Pequeños combatientes* se corre de estas posibles ecuaciones de la infancia clandestina para privilegiar la ausencia de los padres como vía para la abrupta asunción de la praxis política de los hijos.

diálogo ni contenerlos, por el contrario la envían a tomar clases particulares de inglés con una familia de policías que termina rechazándola (PC, 92).

La clandestinidad, un terreno minado de peligros, es un escudo para defenderse de “Lo Peor”, pero sobre todo es una vía para salvar a los padres, ya que los niños no quieren ser meros “topos”.¹⁴ En la sublevación del gueto de Varsovia, que la abuela judía le cuenta a la niña, se describe cómo la asistente social Irina Sandler logra salvar a los niños escondiéndolos en valijas, carritos o cajas y sacarlos del gueto. La asistente social del gueto de Varsovia –la contrafigura de la asistente que puede llevarlos al orfanato– es quien salva a los niños. Pero en el gueto de Varsovia los niños no solo fueron salvados, sino que ayudaron al levantamiento, también fueron unos “pequeños combatientes”, quienes a través de las cañerías iban a buscar las armas afuera y las hacían ingresar (22). Se configuran aquí la potencia y la agencia de los niños ahora en la imagen del “niño salvador”, la contra-imagen del “niño delator”.¹⁵ Es parte de la figura del niño adulto (que se ocupa del hermano menor, que reta a las abuelas cuando se pelean, que debe planificar la educación de ellos mismos, etc.),¹⁶ del niño combatiente, tener un perfil heroico y por momentos excesivo e ironizado. Es también, como ya adelantamos, la historia del viaje que hace Marco desde Italia hacia Argentina para rescatar a su madre en la serie televisiva de *Marco, de los Apeninos a los Andes* (39-40) que la niña mira. La protagonista proyecta en su imaginación este relato del pequeño combatiente y salvador a través de un encuentro final con el “Enemigo” para que la atrapen, la lleven con sus padres y así finalmente poder

¹⁴ Cfr. “Muchas noches me las pasé pensando qué podíamos hacer mientras esperábamos. Porque no podía ser que nuestra única misión fuera la de ser topos” (PC, 17), lo que desde luego parece un guiño a la novela de Félix Bruzzone *Los topos* y un modo de diferenciarse de la posición crítica de Félix Bruzzone respecto a la organización de H.I.J.O.S.

¹⁵ En *La casa de los conejos*, de Laura Alcoba, aparece la figura del “niño delator” en un clima en el que la infancia clandestina supone un mundo ingobernable en el cual la niña comete torpezas y errores que ponen en peligro la vida de todos los militantes de la casa. En esa casa parece no haber lugar para la infancia no tanto por el peligro que allí los niños corren (y del cual la desaparición de Clara Anahí es un ejemplo contundente) sino por el peligro que ellos pueden causar y que se resume en el relato sobre el “niño delator” que su madre le cuenta: un niño muy pequeño, que apenas sabía hablar, termina por revelar a la policía el escondite, provocando la detención de todos los habitantes de la casa. Un curioso cuento que destaca al mismo tiempo el poder del niño y su peligrosidad, un relato para despertar la responsabilidad, introyectar la culpa y activar la paranoia en Laura: en el contexto de la clandestinidad lo primero que se pierde es la “inocencia”.

¹⁶ Se trata del tópico de la “familia rota”, del desarreglo de la unidad y coherencia familiar provocada por el impacto de la desaparición de algunos de sus miembros que se percibe en la narrativa de hijos: los hijos se vuelven padres de sus hermanos, las abuelas son sus madres, los primos se convierten en hermanos (cfr. GATTI, *Identidades desaparecidas*, 171-177 y DA SILVA CATELA, *No habrá flores en la tumba de pasado*, 75).

rescatarlos: “[...] pensaba que tal vez a mí, por ser niña, me liberarían, y entonces yo podría ir a decirles a los compañeros cuál era la dirección exacta del lugar donde estaban presos” (PC, 98).

En tercer lugar la militancia clandestina de estos niños los convierte en seres especiales, diferentes al resto de los niños: son portadores de un “secreto”¹⁷ que deben resguardar y de saberes –han alcanzado cierto “nivel de conciencia”– que los distingue y les permite organizar su mundo, elegir un modo de vida, sostener ideales, apostar al desarrollo de su formación espiritual, cultural y política, imponerse conductas y responsabilidades de adultos, dominar su angustia y llanto con el arte de la simulación, aun cuando muchas de estas perspectivas estén atravesadas por la ironía. Tienen “pasta de líderes” y han recibido “la mejor educación política de todos los niños de nuestra área” (PC, 15) e incluso la protagonista sueña con ser una “niña prodigio” (PC, 56). Les procura una identidad que sólo ellos comparten y se niegan a revelar a los demás (“Tenía que mostrarse dócil y hacer lo que le dijeran, pero no confesar nuestra verdadera identidad. Podríamos parecer niños cualquiera, o incluso niños perturbados, pero nosotros éramos pequeños combatientes”, (PC, 16)). La protagonista tiene una herida –cicatriz– en las rodillas que se vuelve marca de su existencia y seña de su “hermandad” (PC, 150). Estas diferencias serán claves en los ’90 para ingresar en la agrupación de H.I.J.O.S. y definir su población.

Así, la novela de Raquel Robles se inicia con la “orfandad” de la niña que, más allá de las pérdidas, se convierte en una condición necesaria para asumir el rol “combatiente” de los padres y proyectar al futuro una reinscripción de su legado. Aquí es posible leer la postura de aquellos HIJOS que deciden continuar el legado de sus padres a través de la participación en H.I.J.O.S., a quienes Nicolás Prividera llamó “replicantes” en tanto continúan y repiten el legado de los padres sin mediaciones ni creatividad.¹⁸ Sin embargo, el término “replicante” no solo es un tanto ofensivo, es además injusto. Estimo que es necesario revisar esta oposición: quienes crearon H.I.J.O.S. a mediados de los noventa, quienes recuperaron la imagen de los padres militantes, quienes reasumieron en

¹⁷ En este caso como también en otras novelas el “yo sabía” es un pasaporte al mundo de los adultos, un primer peldaño de iniciación en el mundo de la “guerra” y de la militancia, por ejemplo: “Yo sabía que estábamos en guerra” (PC, 11); “Yo sabía que me tocaba resistir” (PC, 11); “la mayoría de las personas eran civiles que iban por la vida sin saber que por debajo de todo había una guerra”. (PC, 53).

¹⁸ PRIVIDERA, *Plan de evasión*, s/p.

parte los ideales de los padres, no fueron “replicantes” sino sumamente innovadores, tal como puede apreciarse en la creación del “escrache” en el contexto de impunidad de la Argentina; en la renovación de las políticas y prácticas en torno a los Derechos Humanos para quitarles solemnidad a los homenajes y vincularlas a otro tipo de militancia como la barrial; en el desplazamiento de la mirada anclada en la dictadura hacia el período anterior del quinquenio 1970-1975 que solo era mencionado por los militares; en la recuperación de la militancia (idealistas, revolucionarios, soñadores, guerrilleros) de los padres frente a la imagen de “terroristas”, “subversivos” y “extremistas” enhebrada por los militares o la de “víctimas” que roturaron los organismos de Derechos Humanos, y en sus aportes al arte.¹⁹ De modo que continuar con cierto legado de los padres, en otro contexto absolutamente diferente como lo es la democracia y bajo otros principios como lo son los Derechos Humanos, con otros medios y estrategias tan diversas, no supone necesariamente ser un “replicante”.

Este legado sufre ciertos reacomodos, desvíos y críticas en el proceso de reactualización y contextualización al que los HIJOS lo someten en el escenario atravesado por el giro cultural de los Derechos Humanos y por la puesta en crisis de las macronarrativas. Así, el universo de saberes y normas rígidas que la niña se construye como escudo protector termina por desmoronarse en diversos momentos. Una leve ironía rodea y carcome pero sin énfasis, casi como una caricia o un homenaje desencantado, ese mundo abroquelado de mandatos autoimpuestos, de “niños adultos” que deben lidiar en constante alerta con la “guerra” que los circunda endureciendo sus conductas y simulando sus sentimientos, que se hacen responsables de los hermanos menores, que son solidarios con los vecinos huérfanos. Es también un modo de introducir una crítica a la militancia de los setenta para tantear su validez en el presente, desarticulando su dureza e introduciendo el universo de los afectos, del deseo, del mercado, de la moda y de la trivialidad –rechazados en nombre de la ética guerrillera–. El recuerdo de los padres, que se despierta al ver el globo violeta, dispara el llanto que tanto esfuerzo llevó evitarlo (PC, 71); la pretendida ayuda solidaria a los niños huérfanos maltratados por sus tíos resulta desacertada (“las chicas parecían cualquier cosa menos unas pobres niñas que necesitaran ayuda”, (PC, 86)); el supuesto desinterés por la moda que impone el “capitalismo” se

¹⁹ CUETO RÚA, *Nacimos en su lucha*, 24-35.

derrumba ante la burla de sus compañeros cuando la visten como una “nena de Varsovia” (PC, 89); la llegada tarde por pasear en bicicleta que provoca una crisis en su hermano (PC, 140) y finalmente el enamoramiento de quien no corresponde (“Me enamoré de Diego Moyano que tenía un nivel de conciencia tan bajo que era una verdadera vergüenza”, (PC, 125)), o también la idea, fuera de lo común, de hacer un “pelario” (una muestra con mechones de pelo que recorta a la gente) que le desató “algo que siempre estaba bien empaquetado” (PC, 135). Hay demasiado peso para una niña que termina por entregarse al llanto y a la queja con la “amiga” de los padres (PC, 104). En la narrativa de HIJOS reaparecen constantemente diversos contornos de la figura del “niño adulto” que no logra sostener el universo de los mayores que ha heredado, un sentimiento con el que tendrá que lidiar en el futuro.

Ya desde el inicio de la novela se debilita la posible épica de los padres así como el heroísmo de los pequeños combatientes cuando a los padres se los llevan sin pelea, sin resistencias y si bien ella se considera una pequeña combatiente preparada para afrontar ese momento (“estábamos preparados para un momento así, sabíamos qué hacer, cuándo escondernos, cuándo correr, cuándo llorar”, (PC, 11)) permaneció dormida (“¡Ellos habían luchado durante la noche y yo había estado durmiendo!”), (PC, 11)). Además, despunta una crítica referida a la responsabilidad de los padres que los tíos tucumanos formulan –“¿por qué no se fueron?” (PC, 112)– y que la niña hace suya: “la verdad es que yo también me había preguntado lo mismo algunas veces” (PC, 112). Hacia el final asoma una mirada desencantada sobre la Revolución cuando afirma “yo pensé que menos mal que la Revolución iba a hacernos muy felices a todos, porque si no, la verdad es que las cosas que pasaban eran como para acostarse en las vías del tren” (PC, 123).

Esta distancia respecto a la militancia también se advierte en los agradecimientos de la autora cuando apoya la “consigna más subversiva que escuché en toda mi vida: descansá” (PC, 7) y cuando sus hijos le demuestran que “la infancia no es un combate, sino una aventura de amor y belleza” (PC, 153) –tal como señala Fernando Reati–.²⁰

No obstante hay una mirada valorativa hacia esa niñez y hacia sus padres. El texto invita a preguntarse cuál es la posición de Raquel Robles respecto a la militancia de los setenta y la propuesta revolucionaria ya que la novela se cierra con una proyección hacia

²⁰ REATI, *Entre el amor*, s/p.

el futuro: “Al menos la Revolución era algo que podíamos hacer resucitar. Me propuse hacerle respiración boca a boca, zapatearle el pecho, hacerle cualquier cosa pero hacerla vivir otra vez” (PC, 152).

Mientras Laura Alcoba formula una crítica a la militancia de los padres y efectúa un reclamo en nombre de la infancia en *La casa de los conejos*; mientras Marcelo Figueras en *Kamchatka*, Julián López en *Una muchacha muy bella* y Benjamín Ávila en *Infancia clandestina* procuran introducir el amor, el deseo, la fiesta y la primavera de los sesenta en la austera moral de la militancia armada, en *Pequeños combatientes* en cambio se proyecta la compleja creación de H.I.J.O.S. y sus contradicciones internas, los desacomodos entre el relato revolucionario de los padres y el giro cultural de los Derechos Humanos, pero asimismo se procura resolver esas tensiones reconduciendo la militancia luego de aligerarla de sus aristas más radicales.

Si en esta novela de Raquel Robles se fragua un regreso al pasado para reconvertir esa pérdida de los padres, de la casa y de la niñez en punto de inicio de la militancia, entonces el concepto de *resiliencia* permite iluminar este proceso de reconversión de una escena traumática en una acción responsable. Dominick LaCapra establece una primera distinción entre el *acting out* –entendido como un retorno de lo reprimido (a veces bajo formas disimuladas, distorsionadas o desplazadas), un regreso compulsivo del pasado traumático, un síntoma del cuadro patológico de la melancolía– y la *elaboración* del trauma como una vía para superarlo y alcanzar alguna instancia del duelo –salir de la compulsión repetitiva paralizante para poder erigir un *juicio crítico* (una comprensión intelectual) y una *acción responsable* (una práctica política) sobre la experiencia traumática–.²¹ El término de *resiliencia*, en cambio, enfatiza no tanto las elaboraciones del duelo como la posibilidad de transformar la herida paralizante del pasado en productividad para el presente y futuro, y destaca el protagonismo de la fortaleza y las estrategias de la subjetividad de los individuos y de los grupos que han padecido actos de extrema violencia para salir fortalecidos. “Resiliencia” proviene del universo de la física y remite a la capacidad de resistencia de aquella materia que se dobla, pero no se rompe, para luego volver a su forma original. De allí pasó al ámbito de la psicología para dar cuenta de la resistencia de los sujetos para sobreponerse a estímulos adversos,

²¹ LACAPRA, *Representar el Holocausto*, 183-237.

utilizándose en el campo de los estudios sobre memoria a fin de analizar los modos de revertir y “sacar fuerzas” de las situaciones traumáticas.²²

La etimología de *resiliencia* nos sirve para ilustrar el movimiento temporal y el diseño estructural de *Pequeños combatientes*. Proviene del verbo latino *resilio* que significa volver de un salto o rebotar, de donde se puede intuir un movimiento desde el pasado (traumático) que repercute en el presente. La novela de Raquel Robles resulta ejemplar en tanto retorna al pasado exacto en que la protagonista pierde a sus padres para reconvertirlo en el inicio (un salto) de la militancia que culminará en su participación en la fundación de H.I.J.O.S. Una vuelta al pasado que viene a coincidir con el giro que esta misma agrupación de Derechos Humanos efectúa al recuperar la militancia de los setenta de los padres con el juvenilismo, el idealismo y la lucha por un mundo mejor frente a la victimización de la que fueron objeto en la década siguiente; un regreso como un camino que les permite en los noventa reconvertir el rol de hijo-víctima en hijo-militante.

También la estructura argumental da cuenta de este proceso de reconversión (salto) del pasado en plataforma del futuro. La sucesión de secuencias en los textos sobre la “infancia clandestina” suele responder a un patrón muy similar que se inicia con el paso a la clandestinidad por parte de la familia para finalizar con la desaparición de alguno o de ambos padres. Lo que (conceptual y esquemáticamente) supone el cruce o la sucesión de dos entramados del relato (recuperamos libremente el sentido de “plot” o trama de Hayden White):²³ por un lado la “aventura” de la militancia de los padres y por el otro la “desventura” de la dictadura y la desaparición. Ello coloca a los “padres” en dos posiciones bien disímiles: como militantes y como víctimas. Curiosamente esta secuencialidad se invierte en la novela de Robles que se inicia con la “desventura” de la desaparición de los padres para continuar con la “aventura” de la militancia de los pequeños protagonistas, dejando abierto el relato al futuro, proyectando un “continuará” que conduce a H.I.J.O.S. La resiliencia puede, entonces, convertirse en una vía para “trabajar” la memoria,²⁴ para trascender la condición de víctima invistiéndola de

²² CYRULNIK, *La resiliencia*. Asimismo, Luciano Alonso apela a la noción de resiliencia para referirse a la agrupación de H.I.J.O.S. (*Luchas en plazas vacías de sueños*, 183-228).

²³ WHITE, *Metahistoria*.

²⁴ Cfr. JELIN, *Los trabajos de la memoria*.

autonomía, autoelección y poder;²⁵ para salir de la prisión del pasado y reorganizar la memoria para el presente y el futuro.²⁶

Bibliografía

Fuentes

- ALCOBA, LAURA: *La casa de los conejos*, Buenos Aires: Edhasa 2008.
 BRUZZONE, FÉLIX: *Los topos*, Buenos Aires: Mondadori 2008.
 ROBLES, RAQUEL: *Pequeños combatientes*, Buenos Aires: Alfaguara 2013.

Literatura crítica

- AGAMBEN, GIORGIO: *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. (Homo Sacer III)*, Valencia: Pre-Textos 2009.
 ALBERCA, MANUEL: *El pacto ambiguo. De la novela autobiográfica a la autoficción*, Madrid: Biblioteca Nueva 2007.
 ALONSO, LUCIANO: *Luchas en plazas vacías de sueños. Movimiento de derechos humanos, orden local y acción antisistémica en Santa Fe*, Rosario: Prohistoria 2011.
 ARFUCH, LEONOR: *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica 2002.
 — *Memoria y autobiografía. Exploraciones en los límites*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica 2013.
 BASILE, TERESA: “La *Infancia clandestina* en los relatos de HIJOS”, *Identidades revulsivas. Lecturas críticas sobre la escritura de los HIJOS*, Buenos Aires: Universitaria Eduvim [en prensa].
 CIANCIO, MARÍA BELÉN: “Sobre el concepto de postmemoria”, Instituto de Filosofía: Centro de Ciencias Humanas y Sociales-CSIC, 29 de octubre de 2013, [<http://www.proyectos.cchs.csic.es/fdh/sites/default/files/2-2%20Ciancio.pdf> (última consulta septiembre de 2016)], s/p.
 CUETO RÚA, SANTIAGO: *Nacimos en su lucha, viven en la nuestra. Identidad, justicia y memoria en la agrupación HIJOS-La Plata*, en *Memoria Académica*, La Plata: Fahce-UNLP 2008, [<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.427/te.427.pdf> (última consulta octubre de 2016)], 1-198.
 CYRULNIK, BORIS: *La resiliencia: desvictimizar la víctima*, Cali: Feriva 2006.
 DA SILVA CATELA, LUDMILA: *No habrá flores en la tumba del pasado. La experiencia de reconstrucción del mundo de los familiares de desaparecidos*, La Plata: Al Margen 2001.
 GATTI, GABRIEL: *Identidades desaparecidas. Peleas por el sentido de los mundos de la desaparición forzada*, Buenos Aires: Prometeo Libros 2011.

²⁵ CYRULNIK, *La resiliencia*.

²⁶ LATORRE IGLESIAS, “Memoria y resiliencia”, 96.

- HIRSCH, MARIANNE: "The Generation of Postmemory", *Poetics Today* 29/1 (2008), 103-128.
- *The generation of Postmemory: Writing and visual culture after the Holocaust*, New York: Columbia UP 2012.
- JELIN, ELIZABETH: *Los trabajos de la memoria*, España: Siglo Veintiuno 2001.
- LACAPRA, DOMINICK: *Representar el Holocausto. Historia, teoría, trauma*, Buenos Aires: Prometeo 2008.
- LATORRE IGLESIAS, EDIMER LEONARDO: "Memoria y resiliencia. Estudio de la memoria de las víctimas del conflicto armado en el Departamento del Magdalena: presentificación, visibilización, catarsis y resiliencia", *Prolegómenos* 25 (2010) [<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3696956> (última consulta septiembre de 2016)], 95-109.
- LEVI, PRIMO: *Los hundidos y los salvados*, Barcelona: Océano 2011.
- LOGIE, ILSE/ WILLEM, BIEKE: "Narrativas de la postmemoria en Argentina y Chile: la casa revisitada", BASILE, TERESA/ TRIGO, ABRIL (eds.): *Las tramas de la memoria, Alter/nativas (Latin American Cultural Studies Journal)*, Otoño 5, (2015), s/p.
- PRIVIDERA, NICOLÁS: "Plan de evasión", 26 de mayo de 2009, [<http://haciaelbicentenario.blogspot.be/2009/05/plan-de-evasion.html> (última consulta septiembre de 2016)], s/p.
- REATI, FERNANDO: "Entre el amor y el reclamo: la literatura de los hijos de militantes en la posdictadura argentina", BASILE, TERESA/ TRIGO, ABRIL (eds.): *Las tramas de la memoria Alter/nativas (Latin American Cultural Studies Journal)*, Otoño 5, (2015) s/p.
- RUBIN SULEIMAN, SUSAN: "The 1.5 Generation: Thinking about child survivors and the Holocaust", *American Imago* 59.3 (2002), 277-95.
- SARLO, BEATRIZ: *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*, Buenos Aires: Siglo XXI 2005.
- WHITE, HAYDEN: *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México: Fondo de Cultura Económica 1992.